

## LA FRONTERA COMO ENTORNO LEGENDARIO

---

JOSÉ L. MARTÍN MARTÍN

Los Congresos que se vienen desarrollando en Alcalá la Real desde el año 1995 sobre la Frontera presentan en cada convocatoria un perfil específico de esa realidad, un ángulo concreto en el que se centra el esfuerzo de los investigadores. Se pretende con ello que se puedan contrastar las experiencias particulares y dialogar sobre las informaciones recogidas en diversas zonas geográficas, o sobre las interpretaciones que hacen de ellas las distintas escuelas, de modo que se obtenga una visión lo más objetiva y completa posible del tema analizado.

Es fácil observar que, cada nueva convocatoria, el Comité Científico que se encarga de preparar los encuentros pretende dar un paso adelante, desea que profundicemos en el alcance de nuestros conocimientos. De esta manera, sobre el marco general de la Historia de la Frontera, para esta reunión ha sugerido que nos centremos en lo que constituye una de las vertientes más problemáticas y arriesgadas: la que se refiere a las leyendas y tradiciones que se desarrollaron en este ámbito.

Es decir que, mientras en las reuniones anteriores se nos pedía que aportáramos informaciones directas, indirectas y todo tipo de testimonios y análisis aparentemente objetivos que nos permitieran conocer el desarrollo de la frontera y de la sociedad que vivió en su entorno, este Congreso se ha centrado en fenómenos aparentemente muy diferentes, como las leyendas o en los relatos elaborados con la intención de magnificar determinadas actuaciones o los escritos destinados a justi-

ficar determinados acontecimientos, a o desarrollar mecanismos de propaganda que resultan muy importantes, si no imprescindibles, en cualquier conflicto, y especialmente en las guerras:

Por tanto nos hemos situado en un terreno que, a primera vista, no corresponde a la manera habitual de escribir la historia, pues muchas de las informaciones que se han utilizado presentan unas características ambiguas, con su vertiente auténtica y otras claramente distorsionadas, imaginadas o, sencillamente, falsificadas. Veremos, en seguida, que al historiador actualmente le interesen todas ellas, las sucedidas y las inventadas, pues todas ayudan a comprender el medio en el que fueron elaboradas y explican mejor los comportamientos y la evolución de la sociedad. Es más, se ha señalado que no se llega a conocer bien una época hasta que no se profundiza en su universo poético y fabuloso porque éste condiciona considerablemente la imagen que los hombres tienen de la realidad<sup>1</sup>.

Además, no parece complicado demostrar que la Frontera constituye un ámbito especialmente adecuado para la creación de leyendas y de mitos pues son muchos los escritores que se han inspirado en las hazañas desarrolladas por héroes individuales o colectivos, conocidos o anónimos. Y si comenzamos por nuestro principal cantar de gesta, el *Poema de Mio Cid*, resulta evidente que su protagonista es un personaje fronterizo, que sus mayores hazañas tienen lugar en las fortalezas o en poblaciones dominadas por los musulmanes. Y ya hace años que comenzó el primer gran debate por separar lo histórico de lo literario y de lo propagandístico en esa obra fundamental.

Un poco más próximos a nosotros se elaboraron los *romances*, entre los cuales los fronterizos constituyen todo un ciclo bien definido. En la actualidad se sabe que muchos de ellos fueron compuestos en los siglos XIV y XV, que se apoyan en acontecimientos que impactaron a sus contemporáneos y, en algunos casos, hasta se describe el medio geográfico en el que se desarrollaron los hechos narrados. Pero también somos conscientes de que al acontecimiento originario se le han añadido otros elementos literarios, totalmente imaginados, para subrayar su importancia o para incrementar el dramatismo.

También resulta la frontera un marco muy adecuado para las intervenciones sobrenaturales. Baste recordar los diversos milagros marianos, recogidos en las *Can-*

---

<sup>1</sup> J. Ch. PAYEN: *Le lai narratif*, Brepols-Turnhout, 1975, pág. 63.

<sup>2</sup> Las referencias a autores cuyo nombre aparece en cursiva no se desarrollan a pie de página porque corresponden a las aportaciones que presentaron al *IV Congreso Internacional de Estudios de Frontera* que, en principio, se incluyen en este volumen.

tigas y analizados por Manuel González Jiménez<sup>2</sup>, con referencias muy precisas a determinadas localidades andaluzas y a incidentes fronterizos, o el recorrido por las apariciones de santos que intervinieron en apoyo de los cristianos que ha realizado José Rodríguez Molina, desde las más frecuentes en la iconografía y en los cronicones, como son las de Santiago y San Jorge, hasta las más discretas de San Isidoro, Santa Catalina o San Sebastián.

En todo caso, conviene llamar la atención sobre la circunstancia de que algunas de las visiones más notables y de las actuaciones más decisivas que se atribuyeron a seres sobrenaturales tuvieron lugar en el contexto de la lucha contra los musulmanes y se remontan a la Edad Media. Ya es significativo que una monografía dedicada al tema, el libro de William A. Christian Jr., *Apariciones en Castilla y Cataluña (siglos XIV-XVI)*<sup>3</sup>, incluya entre las primeras visiones las que unos vecinos de Jaén aseguraban haber tenido en 1430 y la aparición de San Pablo en Écija seis años más tarde.

El propio investigador llama la atención sobre la vinculación de estas apariciones con las condiciones de vida en la frontera. En las visiones de Jaén resulta evidente tanto por su contenido como por las circunstancias en que se produjeron. En el primer sentido porque en el séquito de la Virgen aparecían, después de clérigos y fieles, «hasta ciento omes armados todos en blanco, y que sonaban las armas unas con otras. Y que en esto conoció que eran armados y que le pareció que traían figura de lanzas en los hombros». Aunque ninguno de los videntes interpretó el papel de estos caballeros en la aparición, no parece aventurado relacionarlos con los mártires de las guerras contra los musulmanes, o con los soldados que iban a proteger a la ciudad en el futuro, según la interpretación del citado William Christian, en coincidencia con las opiniones expresadas aquí por Caterina Olmedo, quien advierte la oportunidad de transmitir seguridad a los vecinos del Arrabal en momentos en que la ciudad se veía acosada por los musulmanes; la misma autora también sugiere la posibilidad de que detrás de esas apariciones se encontrara la vocación guerrera del prelado de Jaén en esos mismos años. Por lo que se refiere a la presencia de S. Pablo no se debe olvidar su carácter inicial de perseguidor de los cristianos, y su conversión posterior aludiría para muchos tanto a una previsible conversión de los musulmanes como a la de los ya bautizados, a quienes se intenta transmitir el mensaje de que deberían adecuar su conducta a la moral cristiana.

<sup>3</sup> W. A. CHRISTIAN JR.: *Apariciones en Castilla y Cataluña (siglos XIV-XVI)*, Madrid, 1990, págs. 54 y sigs.

Un poco más tardía, y con un contenido algo diferente, es la aparición de la Virgen del Mar en Almería aunque, de acuerdo con el estudio de *M.<sup>a</sup> Desamparados Martínez*, su sentido es muy similar, pues ya habría intervenido directamente protegiendo a la ciudad de los musulmanes y, en un contexto más amplio, su vinculación al mar puede significar precisamente que se implicaba en todas las venturas y desventuras de una población volcada en buena medida al Mediterráneo.

La Iglesia parece haber aceptado con total naturalidad estas apariciones que venían a apoyar sus planteamientos. Como se considera una institución universal, los límites no tienen sentido para ella y por eso, según ha subrayado J. M.<sup>a</sup> Soto Rábanos en otro lugar, el Código de Derecho Canónico carece de disposiciones relativas a la frontera<sup>4</sup>. En consecuencia, los límites o barreras existentes deberían ser superadas mediante la conversión de los todavía no creyentes y para ello resultaba totalmente adecuada la intervención de personajes sobrenaturales que, en realidad, lo que hacían era poner las cosas en su sitio.

No cabe duda, por eso, de que nos encontramos ante un tipo de fuentes muy peculiares y que, para hacer un uso correcto de ellas, se deberían tomar ciertas precauciones. Situados en este ámbito de los relatos maravillosos, de los acontecimientos extraordinarios, donde tiene tanto peso la tradición oral y es tan común la deformación y la exageración, me parece imprescindible que el historiador se plante la necesidad de desarrollar varias actividades fundamentales:

1. La primera consiste en un esfuerzo por *deslindar los hechos reales de los imaginarios*, pues es evidente que no tienen el mismo sentido para el historiador. Por eso varias de las intervenciones que aquí hemos podido escuchar se han centrado decididamente en el intento de distinguir los elementos documentados de los que carecen de refrendo de testimonios fiables, o de los creados voluntaria o involuntariamente. Y esto sucede tanto con personajes como con acontecimientos de tipo militar, social, religioso u otras modalidades.

En relación con la invención de personas contamos, por ejemplo, con la comunicación de *Roser Salicrú*, dedicada, en parte, a subrayar la inexistencia de un personaje como Muhammad X el Cojo, un caso típico de desdoblamiento de personalidad imputable a la historiografía, pues creó dos personajes de uno solo, y entonces tuvo que alimentar la biografía del inexistente con atribuciones incorrectas, precisamente para llenar la ausencia de noticias.

---

<sup>4</sup> J. M.<sup>a</sup> SOTO RÁBANOS: «La frontera en la ideología eclesial. El caso luso-castellano (1250-1450)», *As relações de fronteira no século de Alcanices*, Porto, 1998, 729-742.

Una situación parecida se produce cuando a personajes reales se les imputa todo un complejo de actuaciones que, en realidad, no les corresponden o, al menos, que resulta imposible demostrar que las protagonizaran. La citada historiadora catalana aporta dos ejemplos claros de esa situación, que se advierte también en el caso de Manuel Ponce de León, estudiado por *Juan Luis Carriazo*. Este personaje era hermano del marqués de Cádiz, a quien, en su momento, se dedicó una *Historia* destinada a magnificar y a difundir sus hazañas. Pues bien, aunque de Manuel Ponce de León apenas hay datos históricos, el autor de esta comunicación llama la atención sobre el protagonismo que le dio el romancero y la novela, y se le atribuyó tal éxito en combates singulares que su fama traspasó las fronteras. Y conviene destacar que, aunque salió perjudicado en el reparto de la herencia con su hermano, sus descendientes se beneficiaron ampliamente del éxito de su antecesor como protagonista literario.

Otro tema muy interesante, desde este punto de vista, es el desarrollado por *Manuela García Pardo*, que deslinda de manera bastante precisa lo que pueda haber de verdad y también de leyenda en las diversas fuentes que informan sobre el pastor que facilitó la victoria de las tropas cristianas en la batalla de Las Navas de Tolosa. Y en una línea paralela, aunque el personaje gozara de mayor reconocimiento social, está el trabajo de *Enrique Toral*, que ha procurado aclarar la compleja biografía de Juan Fernández Galindo, quien disfrutó entre otros cargos de la alcaidía de Alcalá la Real.

A veces la dificultad de discernir la realidad se detecta no en personajes, sino en acontecimientos concretos, como es la destrucción de los archivos de Jaén en 1368, de la que se ha ocupado *Rafael Turatti*; se trata de un suceso atribuido tradicionalmente a los moros de Granada, aunque las circunstancias políticas permiten sospechar de la intervención de tropas castellanas pues así quedaban anulados los derechos y privilegios de los enemigos de Pedro I.

En otras ocasiones lo que resulta difícil es averiguar el papel jugado por un sujeto colectivo, como sucede en el caso presentado por *Manuel Pérez Gallego*, que ha investigado las probanzas desarrolladas en 1523 para rastrear la actividad de los vecinos de Antequera, a efectos de justificar sus privilegios fiscales. Los testimonios de personas con edad suficiente para haber conocido los sucesos de las últimas décadas del s. xv resultan, sin embargo, bastante dispares. Algunos presentan informaciones concretas de enfrentamientos fronterizos, pero otras respuestas son muy retóricas y obedecen a una tradición en la que se acumulan sucesos de muy distinta fecha e importancia, transmitidos, dice, «en el entorno familiar, al calor de los hogares y de los labios de los más viejos».

No cabe duda de que la frontera, así como los territorios y las ciudades musulmanes, constituyen el marco adecuado para dar rienda suelta a la imaginación. Por eso la *Crónica del rey Sant Luis de Francia*, estudiada por *María J. Latorre*, está llena de sucesos maravillosos y de milagros que se habrían producido en el desplazamiento del monarca y de su séquito hasta Egipto. Tenía, evidentemente, que quedar constancia de la autenticidad de la fe cristiana sobre la de los musulmanes, de la superioridad moral de aquellos y del apoyo que recibían de sus protectores. Por eso se multiplican las leyendas sobre imágenes de la Virgen que habrían sido arrojadas a los ríos o destrozadas por los infieles, en un gesto infructuoso por demostrar la falsedad del culto mariano, pues las efigies siempre salían a flote, recompuestas y con la voluntad manifiesta de permanecer en la frontera, según las leyendas de la Virgen de Tíscar y Fuensanta, resumidas por *María Ballesteros*.

2. Pero, además, *se debe explicar el sentido que tienen las creaciones que se han ido añadiendo*, preguntarse por qué se han escrito, pues muchas deben estar relacionadas con necesidades que tiene la sociedad que las crea o las admite.

La constatación de que en la Edad Media se elaboraron numerosos textos en los que se atribuyen grandes hazañas a diversos personajes sin contrastar su veracidad, o que la historiografía posterior ha creado biografías a partir de simples equivocaciones es una tarea necesaria porque ayuda a depurar nuestros conocimientos históricos. Pero apenas puede llegar a sorprender a un lector culto pues fenómenos similares se encuentran en biografías y en informes periodísticos en la actualidad; y menos llamará la atención a los estudiantes de nuestras Facultades, ya que saben que deben mantener un espíritu crítico ante las fuentes pues muchas de ellas tienen un enfoque parcial, o incluyen elementos interpolados o se trata, simplemente, de falsificaciones.

Pero el historiador debe también preguntarse por los móviles de esa manipulación, pues su estudio ayuda a conocer mejor a la persona, a la familia o al grupo social que la promueve o realiza. Detrás de cada texto histórico existe siempre un interés, y la intensidad de ese interés suele ser directamente proporcional al grado de deformación que incluya.

Resulta evidente que los nobles que participaban en combates en la frontera buscaban diversos beneficios privados: podían obtener botín, se aseguraban la tranquilidad en sus dominios próximos al enemigo, lograban la fidelidad de un grupo de vasallos, etc. Pero también les interesaba adquirir buena imagen en la Corte, y para eso uno de los medios más eficaces consistía en luchar en la frontera y, si era posible, protagonizar grandes hazañas contra los musulmanes. Tales hazañas deberían ser difundidas y por eso no resulta extraño que diversos magnates se interesa-

ran ante poetas y cronistas por su presencia en sus escritos, que preguntaran si constaba su participación en determinados hechos de armas e incluso que sugirieran o impusieran expresamente el sentido que debían dar a su intervención<sup>5</sup>.

Pero no eran ellos los únicos interesados en dejar constancia de los comportamientos esforzados, astutos y hasta heroicos que se podían haber desarrollado. También los responsables de la defensa militar de la frontera y los mismos monarcas como últimos responsables de la seguridad de sus súbditos tenían especial cuidado en difundir sus victorias contra los musulmanes, en honrar a quienes hubieran destacado en los combates y en recompensarlos económicamente. Es significativa, en este sentido, la observación de *Cristina Segura* de que, a pesar de la escasa presencia de mujeres en la preparación y desarrollo de actividades bélicas, por su tradicional reclusión en los espacios domésticos, se pueden documentar excepciones muy notables, como la de Isabel I, que aparece en las crónicas mostrando gran iniciativa, seguramente por el interés de los cronistas por subrayar su papel de reina.

Resulta evidente que la historiografía de la época procuraba al mismo tiempo dejar constancia de los acontecimientos y transmitir una descripción interesada o parcial, de ellos y de las personas que los protagonizaban. En este contexto se podría incluir la imagen habitual que presentan las leyendas del moro como traidor, según ha señalado *Antonio Linage*, características que también ha detectado *Ana Belén Paniagua* en la crónica de Alfonso XI, donde los enemigos son descritos como el negativo de las virtudes cristianas, con unas características que se detectan en otras fuentes<sup>6</sup>.

Este comportamiento, por otro lado, no resulta exclusivo de los cristianos, sino que parece algo habitual cuando los escritores de cualquier cultura se refieren al Otro. *M.<sup>a</sup> Jesús Viguera* ha señalado que «las construcciones ideológicas... acentuaron las diferencias y las oposiciones entre las tierras del Islam y las tierras ajenas, fomentando alusiones de desdén y de temor, que diseñaron separaciones, desencuentros y tabúes», lo que no era incompatible con la existencia de relaciones intensas, con la imitación de las costumbres y del vestido, e incluso con la admiración hacia determinados aspectos de la otra cultura.

<sup>5</sup> Sobre estos comportamientos ha llamado la atención P. CÁTEDRA, *La historiografía en verso en la época de los Reyes Católicos. Juan Barba y su «Consolatoria de Castilla»*, Salamanca, 1989, pág. 23.

<sup>6</sup> Se puede comprobar por el epígrafe «Presentación literaria de los moros», en F. LÓPEZ ESTRADA: *Poética de la frontera andaluza (Antequera, 1424)*, Salamanca, 1998, págs. 106-107.

Un análisis significativo de las personas e instituciones que estaban interesadas en la creación y difusión de leyendas negativas sobre la personalidad de los adversarios en la frontera es el que ha realizado *Friedrich Edelmayer*, y sus conclusiones, aunque corresponden a otro entorno geográfico y al siglo XVI, se podrían aplicar perfectamente a la frontera peninsular entre cristianos y musulmanes hasta la conquista de Granada. Muestra la intervención de algunos párrocos, y también de otros eclesiásticos, que presentaban las desgracias causadas por los turcos como castigo divino por los pecados cometidos y así procuraban disciplinar a la población.

No menos interesadas se encontraban las autoridades civiles y militares por difundir esas leyendas ya que, de este modo, podían solicitar nuevos tributos y conseguir más medios para la defensa y también para lograr así mayor poder.

Finalmente, advierte el papel de los habitantes de los territorios fronterizos, que encontraban en la violencia del enemigo y en el terror que provocaba buen argumento para reclamar un mejor trato fiscal y otras ventajas. Destaca cómo algunas de las leyendas creadas para subrayar la brutalidad del turco lo que en realidad manifiestan es la ferocidad de los cristianos cuando aquellos eran anulados por influencia sobrenatural.

Pero lo cierto es que esas leyendas potenciaron el sentido de la frontera, y por eso la época más brillante de esta ciudad de Alcalá la Real es la que se extiende desde mediados del siglo XIV hasta la conquista de Granada, cuando desempeñó un papel como baluarte fronterizo, por lo que disfrutaba de privilegios especiales y gozó de gran prestigio. De ahí el interés por ella que muestra la cancillería real, como ha señalado *Carmen Juan*, y también el que muchos de sus vecinos aspiraran a la condición de nobles, como Pedro de Arjona, un personaje a quien se le atribuyen muchas hazañas que deben ser relacionadas con esas pretensiones, según el estudio de *María Teresa Murcia*. Luego, en épocas posteriores, especialmente en las últimas décadas del siglo XVII y comienzos del XVIII, su influencia decayó, y hasta las obligaciones militares, que antaño daban fama y prestigio a sus vecinos, resultaban una pesada carga para los alcalaínos, como ha señalado *José Contreras*.

Sucedía, además, que la frontera venía a ser la avanzadilla de la cruzada contra los infieles, lo que daba lugar al interés de diversos miembros del clero, que se lanzaban a mitificar a quienes eran capaces de entregar la propia vida en defensa de los dogmas y de los valores de la fe. Esto es lo que sucedía con algunas jóvenes que habían sido capturadas por los musulmanes y pretendían defender su virginidad, según el estudio de *Carmen Argente*. Se trata de relatos dedicados a subrayar la fidelidad aunque, en realidad, la apostasía debió ser bastante elevada; pero parece



que resultaban eficaces pues de otro modo no se explica que siguieran escribiéndose en el siglo XVI y aún en épocas posteriores.

En este contexto, es interesante subrayar el sentido de la ocultación y posterior invención de imágenes sagradas, tan frecuente en las tradiciones que explican el origen de diversos santuarios marianos, que *Manuel González* ha relacionado con la pervivencia de la idea de restauración del culto cristiano tras el paréntesis de dominio musulmán.

3. En fin, el historiador deberá explicar las consecuencias sociales, económicas, políticas, militares, o del tipo que sean, derivadas de las leyendas. Y es que las tradiciones y leyendas de que nos venimos ocupando no tienen solamente el interés de aportar una imagen más o menos heroica, piadosa o romántica de la época, como si añadieran colorido a una realidad gris, porque, como dice *Milouda Charouiti Hasnaoui*, «el mito es siempre el tesoro poético que embellece la historia de cada país». Sucede algo más importante, pues de tanto repetirlas todos las conocían y pensaban que reflejaban lo que había sucedido. Por eso influían sobre los acontecimientos y sobre la sociedad, de manera que se convierten en factor explicativo de la historia y, en consecuencia, el historiador no debe despreciarlas, o considerarlas como un elemento folklórico, pues la verdad es que resultan imprescindibles en su tarea.

Quizá de todos los aspectos que se han analizado aquí, uno de los calificativos que mejor designe el sentido que desempeñaron muchas tradiciones y leyendas sea el de *propaganda*. De manera que se difundían porque ayudaban a dar cohesión a los señores y a sus mesnadas en torno a los proyectos del monarca; porque justificaban la actividad militar de los caballeros y contribuían a darles relevancia social; porque fortalecían el sentido de unidad entre poblaciones que, a veces, tenían pocos elementos comunes y las vinculaban en torno a un santuario. Dados los objetivos, parece claro que la influencia de los relatos resulta proporcional al éxito o difusión que lograran entre el público al que estaban destinados<sup>7</sup>.

Desde el punto de vista eclesiástico se ha advertido que la multiplicación de manifestaciones marianas debe estar en relación con el desarrollo de este culto desde el siglo XIII, y la protección atribuida a las imágenes favoreció su extensión por la mayoría de las poblaciones. A partir de entonces los santuarios marianos tuvieron diversas repercusiones no sólo eclesiásticas sino también sociales y económicas, pues se constituyeron en foco de romerías para comarcas o regiones a veces muy amplias, y en torno a los desplazamientos humanos se produjeron también intercambios de productos y se desarrolló el comercio.

<sup>7</sup> J. Ch. PAYEN; F. N. M. DIEKSTRA: *Le roman*, Brepols-Turnhout, 1975, pág. 152.

Hasta los romances que utilizan la frontera como ámbito para un asunto amoroso pueden tener una función social o cultural. La participación en ellos de cristianos y musulmanas —normalmente se mantiene siempre este reparto de géneros—, es interpretada por *Antonio García Lizana* y por *Ascensión Vegas* como la necesidad de expresar la seducción por la otra cultura y de integrarla, a través de la pasión de los amantes, aunque los autores de la leyenda hayan decidido acercar ideológicamente a los protagonistas imponiendo la conversión de la mora.

Que las leyendas y tradiciones resultaban efectivas lo muestra indirectamente su presencia en diversas fronteras. Aquí hemos tenido la oportunidad de conocer sobre todo el caso de la hispano-musulmana, pero también se advierte en la de los turcos en Centroeuropa.

También hemos tenido la oportunidad de conocer diversos aspectos de las fronteras del Imperio Romano frente a los pueblos situados en el exterior en el trabajo de *Enrique Gozalbes*; de la de Portugal con Castilla por la comunicación de *David López Viera*; de la marítima representada por el caso valenciano, estudiado por *Manuel Ruzafa*, que ha profundizado en las amplias relaciones mantenidas por los mercaderes de ese reino con el de Granada y también con el Norte de África, o incluso lo que se podría considerar frontera interna, representada por la población mudéjar; o la de la costa malagueña según *Carlos Gozalbes*.

Y el esfuerzo de investigación presentado aquí ha alcanzado temáticas muy diversas, pues a las ya citadas se deben añadir los trabajos sobre la actividad económica en la frontera, como sucede con el trabajo de *Luis Rafael Villegas*, que analiza la prioridad de la actividad cinegética y sus repercusiones mercantiles e incluso militares, si se pone en relación con el pastor —cazador o «conejero» según otras fuentes— de Las Navas. O sobre los contenidos ideológicos de la tradición musulmana y su puesta en práctica, según los estudios de *Pedro Cano*, centrados en fuentes que informan sobre actividades legales e ilegales, con la correspondiente crítica de los comportamientos de grupos significativos tanto del ámbito islámico como del cristiano.

También han sido desarrollados determinados aspectos relacionados con el arte, como el estudio de la capilla del Arco de San Juan de *Manual Jódar*, o con la política de restauración y conservación de la fortaleza de Antequera, en la que *Carlos San Millán* observa la alternancia de fases de abandono con otras de recuperación; o los dedicados a la toponimia medieval mozárabe e hispanoárabe de *Carmen Martínez Albarracín* y *Juan Martínez Ruiz*.

\* \* \*

En conclusión, quisiera hacer unas valoraciones generales sobre el sentido que, en mi opinión, ha tenido esta nueva edición de los Congresos sobre la Frontera que se vienen celebrando en Alcalá la Real, aunque debo advertir que no he tenido acceso a la totalidad de las ponencias ni de las comunicaciones, porque algunas no me fueron enviadas; de otras sólo recibí un pequeño resumen y, en algún caso, no pude estar presente para escuchar directamente la exposición. Deberán, por tanto, disculparme posibles interpretaciones incorrectas y falta de matización en algún aspecto.

A pesar de todo ello, me parece evidente que esta reunión debe ser considerada como un primer acercamiento al tema, pues el campo de las leyendas y tradiciones relacionadas con la frontera resulta tan atractivo como excesivamente amplio para abarcarlo todo en un Congreso, por lo que ahora no se ha podido hacer otra cosa que desarrollar determinados temas concretos.

Creo, además, que con cierta frecuencia la leyenda ha vencido a la Historia; en diversas ocasiones se ha transmitido la impresión de que la verdad de lo sucedido es irrecuperable o, al menos, que nos hemos rendido ante lo atractivo del relato. Mientras leía algunos de los trabajos aquí presentados recordaba la situación descrita por Javier Cercas, en *Soldados de Salamina*. Cuando ese autor quiere escribir lo que denomina un «relato real» y no logra completar los datos, incluso los que resultan esenciales —algo que nos sucede con frecuencia a los medievalistas—, un personaje le aconseja que lo más adecuado es inventar: «La realidad —dice—, siempre nos traiciona; lo mejor es no darle tiempo y traicionarla antes a ella»<sup>8</sup>. El problema es que ese comportamiento no nos está permitido a los historiadores cuando ejercemos como tales.

Además, se ha demostrado que muchas de las tradiciones y leyendas tienen un pasado muy largo, y se documentan en distintos lugares y épocas. En nuestro caso apenas se han utilizado los ejemplarios y las colecciones de leyendas para constatar los elementos comunes y separar de ellos otros aspectos más originales y específicos de nuestra sociedad.

Incluso cuando se detecta un esfuerzo por descubrir la Historia bajo el relato legendario sería necesario profundizar más hasta llegar al móvil o a los objetivos que se plantearon al componer y difundir la leyenda, y convendría averiguar también si se logran esos objetivos. Las consecuencias históricas de las fabulaciones constituyen un campo poco explotado por nuestra historiografía.

---

<sup>8</sup> J. CERCAS: *Soldados de Salamina*, Barcelona, 2001, pág. 178.

Al mismo tiempo, quiero subrayar algunos planteamientos generales que me parecen del mayor interés y que considero contribuciones notables de este Congreso:

En primer lugar el hecho de apostar decididamente por incorporar a la Historia las aportaciones de las leyendas y tradiciones. Este es un tipo de fuentes que ha sido mirado con recelo por los historiadores, que prefieren centrarse en los testimonios del pasado que tienen pretensiones históricas, como crónicas o anales, o en relatos parahistóricos o en aquellos otros que, por haber sido elaborados en la actividad económica o administrativa cotidiana, parecen aportar una mayor objetividad. De esta manera, las leyendas, los romances, las tradiciones, han quedado más en el campo de los filólogos y literatos, y los historiadores con frecuencia no se han esforzado por explotar su significado y no les han dado el valor que merecen.

Además, aquí hemos tenido la oportunidad de conocer un enfoque bastante equilibrado, en cuanto que hemos contado con versiones procedentes de ambos lados de la frontera. Es verdad que entre las comunicaciones libres predominan las que muestran la perspectiva cristiana, pero el Comité Científico lo ha compensado en este caso con la programación de ponencias y comunicaciones invitadas que aportan la visión desde el lado musulmán, y este equilibrio no es muy frecuente en los Congresos.

Eso nos ha permitido conocer el sentido y funciones que ejercía la frontera en contextos muy diversos y en épocas distintas pues se han superado ampliamente los límites del medioevo, especialmente hacia tiempos que nos resultan más próximos.

Conviene destacar, asimismo, que no hemos conocido sólo el lado heroico, caballeresco o piadoso de la frontera, que sería un desenfoque natural dado el tipo de fuentes más comunes. Por el contrario, se advierten esfuerzos por retirar las capas de barniz de grandilocuencia de algunos relatos y, junto a los panegíricos sobre la fidelidad, la fortaleza y todo tipo de virtudes de algunos personajes, también se ha reparado en la existencia de intereses comunes y comportamientos normales.

En fin, creo que escuchar estas intervenciones y participar en las discusiones, nos ha enriquecido a todos; y a eso le debemos añadir el placer de volver a encontrar a amigos y compañeros que vienen investigando desde hace años el tema de la frontera.

Cuando preparaba esta intervención he recordado los versos del romance:

«Manda juntar sus trompetas / que toquen todos alarma,  
manda juntar a los suyos, / hacen muy gran cabalgada;

y a las puertas de Alcalá / que la Real se llamaba  
los cristianos y los moros / una escaramuza traban»<sup>9</sup>.

Pues bien, me alegro de que las trompetas que tocan cada dos años, convocando la celebración de estos Congresos, José Rodríguez Molina, Francisco Toro y demás organizadores suenen cada vez más alto; que la cabalgada sea cada vez más concurrida y que las escaramuzas, sólo dialécticas y sin parcialidades de credo o de raza, finalicen tan cordialmente como lo han hecho hasta ahora.

---

<sup>9</sup> Según la edición de P. DÍAZ-MAS: *Romancero*, Barcelona, 2001, pág. 142.